

PLANETA AZUL

Jeanette Winterson

Para los amigos que más tiempo llevan conmigo: Philippa Brewster, Vicky Licorish, Henri Llewelyn Davies, Mona Howard, Peggy Reynolds, Beeban Kidron, Phillippa Giles y Ruth Rendell. Y para Ali Smith, que llegó más tarde. Y para Deborah Warner, siempre.

Este nuevo mundo pesa un attogramo. Sin embargo, todo tiene un tamaño experimental: es in-visiblemente diminuto o ambiguamente inmenso. Hay en él hojas que han crecido como ciudades y pájaros que anidan en la concha de un berberecho. Huellas de garras de largos dedos, profundas como pesadillas, salpican la blanca arena y hay charcas rocosas en los huecos de manos surcadas por aletas de peces invisibles.

Árboles como rascacielos que dan cobijo a idéntico número de vidas. Hierbas altas como setos, nueces del tamaño de calabazas. Sardinas cuya pesca reclamaría la fuerza de dos hombres. Huevos de cáscaras color azul celeste, con un peso equivalente a un universo en ciernes.

Y, debajo, champiñones blandos y pequeños como la oreja de un ratón. Una grieta como un corte, y dentro, millones y millones de microbios preguntándose qué hacer después. Esporas a la espera del viento que no vuelven la vista atrás.

Musgo concentrado en ser verde.

Un hombre se adelanta con un micrófono.

—¿Y hay oxígeno?

Sí.

—¿Y agua fresca?

En abundancia.

—¿Y no hay contaminación?

No, no la hay.

¿Y minerales? ¿Y oro? ¿Qué tiempo hace? ¿Llueve mucho? ¿Alguien ha probado el pescado? ¿Hay humanos? No, no hay humanos. ¿Algún tipo de vida inteligente?

Depende de lo que se entienda por inteligente. Hay algo, sí, y es muy grande y hace muy bien su trabajo.

La imagen de un monstruo cubierto de escamas y provisto de mandíbulas metálicas aparece en la pantalla situada en lo alto. La multitud chilla y se agita. ¡No! ¡Sí! ¡No! ¡Sí!

La máquina de matar más eficiente inventada antes de la pólvora. Nada mal para un ente con el cuerpo del tamaño de un estadio y el cerebro del tamaño de un bote de mermelada.

Hoy estoy aquí para responder preguntas.

—La señora de rosa...

—¿Y esos monstruos que podemos ver son vegetarianos?

—Señora, ¿usted sería vegetariana con unos dientes como esos?

Respuesta incorrecta. Estoy aquí para tranquilizar. Un científico da un paso adelante. Eso está mejor. Los científicos tienen una capacidad innata de tranquilizar.

Es un día emocionante y muy tranquilizador.

Hoy estamos aquí para presenciar la oportunidad de una vida. La oportunidad de muchas vidas. La mejor oportunidad que hemos tenido desde que la vida empezó. Nos estamos quedando sin planeta y hemos encontrado uno nuevo. Entre todas las rocas de brillante formación que enjoyan el cielo, buscamos hasta encontrar la que consideramos nuestro hogar. Estamos dando un paso adelante, eso es todo. Todo el mundo tiene que hacerlo en un momento u otro, tarde o temprano. Es natural.

Me llamo Billie Crusoe.

—Disculpe, ¿se llama usted Billie Crusoe?

—Esa soy yo, sí.

—¿De los Servicios de Mejoras?

—Sí, Cada Día un Nuevo Día (como decimos en Mejoras).

—¿Podría explicar a nuestros espectadores cómo afectará a sus vidas el nuevo planeta?

—Naturalmente. El nuevo planeta nos ofrece la oportunidad de hacer las cosas de un modo distinto. Hemos experimentado un sinnúmero de brillantes éxitos aquí, en Orbus. Bueno, en realidad, somos la historia del éxito del universo, ¿no? Me refiero a que ningún otro planeta alberga vida humana.

El entrevistador asiente con la cabeza y sonrío vigorosamente.

—No obstante, hemos dado algunos traspiés. Algún error hemos cometido. Tenemos a nuestra disposición limitados recursos naturales y a una población emergente que no está en absoluto de acuerdo con el modo en que nuestro mundo debería compartir estos recursos remanentes. El conflicto es probable.

Un nuevo planeta significa que podemos empezar a redistribuirnos. Será sinónimo de una mejor calidad de vida para todos... para los que se vayan y para los que se queden.

—¿Estamos entonces ante una situación en la que todos ganan?

—Eso es, balance positivo se mire por donde se mire.

El Presidente del Poder Central llega cruzando los arcos dorados de las puertas de la ciudad. Los arcos se levantan como ángeles, sus alas plegadas contra las luces menores del perfil de la ciudad.

Las puertas-láser, de aspecto sólido, aparecen y desaparecen como el muro que rodea la ciudad: un signo visible e invisible de progreso y de poder.

No hay más que mirar a la luz: el leve resplandor es su larga energía. Son el aura de la ciudad: emblema y advertencia, su halo y escudo.

La cabalgata del Presidente ha llegado al Círculo. Banderas, alfombras, flores, lacayos,

asesinos a sueldo, periodistas, presentadores, fuerzas de seguridad, fuerzas de soporte, médicos, técnicos, equipo humano, instalación, luces, sonido, emisión en tiempo real, archivo, retransmisión, entrevistas a pie de calle, palomitas de maíz, brillo, maquillaje, retoques, preparados, verde: acción.

El Presidente está dando un discurso. El Poder Central se ha comprometido a financiar la misión espacial durante cientos de años y se entiende que cualquier descubrimiento nos pertenece.

Nos compara a los hombres que fundaron las Indias, América, el Círculo Ártico; se emociona y echa mano del verso de un poema. Durante un instante, ahí está, en una letra que nadie puede leer, inclinada bajo las imágenes del Planeta Azul: Ella es todos los Reinos, y yo todos los Príncipes...

El Presidente está dando un discurso.

Un momento único para la humanidad... una oportunidad sin igual... evitando así la guerra... cumbre planeada entre el Poder Central, el Califato de Oriente y nuestros amigos del Pacto SinoMosco. Un prometido compromiso de paz. Nuevos planetas en sustitución de los viejos. Fotografías e información completa en las veintidós geociudades del Poder Central mañana por la mañana. Se preparan ya nuevas misiones de colonización. Los monstruos serán humanamente destruidos, con la posible excepción de la captura científica de uno de los tipos de Zooeum.

Los mismísimos astronautas entran en el Círculo con sus relucientes trajes de titanio y sus enormes cascos bajo el brazo. Estos hombres tienen el glamour de los cometas, dejando a su paso estelas de fama.

Hay un robot con ellos. Bueno, en realidad es una Robo sapiens, increíblemente sensual, con esa expresión de pesar que tienen todos ellos antes de ser desmantelados. Así es la política imperante: todos los robots que son sensibles a información son desmantelados tras el cumplimiento de su misión para impedir así que fuerzas hostiles puedan acceder a sus datos. Ha viajado por todo el universo y ahora va de camino a la unidad de reciclaje. Lo genial de los robots, incluso de esta Robo sapiens, es que nadie siente lástima por ellos. No son más que máquinas.

Está ahí de pie mientras los salvadores, embutidos en sus trajes plateados, estrechan la mano del Presidente. La Robo sapiens nos informará de la composición mineral y química del nuevo planeta, sus lecturas atmosféricas, su posible historia y su evolución potencial. Luego, cuando la parte pública haya concluido, se irá entre bastidores, transferirá todos sus datos y abrirá sus células energéticas hasta su último parpadeo de robot.

FIN.

Es una especie de suicidio, como si murieran desangrados, aunque no muestran ninguna emoción porque las emociones no están incluidas en su programación.

Qué increíble resultar tan convincente y no ser más que silicona y un panel de circuitos.

La robot mira a la Tribuna de Apoyo y nuestras miradas se cruzan. No puedo evitar

sonrojarme. Creo que me ha leído el pensamiento. Están capacitados para hacerlo.

Hoy es un gran día para la ciencia. Los últimos cien años han sido un infierno. Los pesimistas y los ecologistas no dejaban de repetirnos que estábamos prácticamente muertos y, de pronto, voilà!, no sólo descubrimos un planeta nuevo, sino que además resulta perfecto para una nueva vida. Esta vez seremos más cuidadosos. Aprenderemos de nuestros errores. El nuevo planeta albergará la primera civilización avanzada del universo. Será una democracia... porque, digamos lo que digamos en público, el Califato de Oriente no podrá acercarse a más de un attokiló

metro de nosotros. Los derribaremos a tiros antes de permitir que aterricen. No, no los derribaremos a tiros porque el Presidente del Poder Central acaba de anunciar un nuevo programa mundial Antigüerra. No derribaremos a tiros al Califato de Oriente. Simplemente los repeleremos con contundencia.

Según se piensa en la intimidad, dejaremos este planeta podrido y destrozado al Califato y al Pacto SinoMosco, que podrán bombardearse mutuamente hasta hacerse añicos, mientras los ciudadanos amantes de la paz del Poder Central trasladan la civilización al nuevo mundo.

El nuevo mundo: El Dorado, Atlantis, la Costa de Oro, Terranova, Plymouth Rock, Rapanui, Utopía, el Planeta Azul. Hallados por casualidad, espiados a través de un oscuro cristal, ebrias historias atadas a un barril de ron, naufragio, una Brújula Bíblica, un pez gigantesco nos llevó hasta allí, una tormenta nos lanzó contra esta isla. En la inmensidad del espacio, descubrimos...

Mi nombre es Billie Crusoe. Aquí llega Manfred, mi jefe. Es la clase de hombre nacido para ascender sin descanso: un ascensor humano.

—Billie, ¿has revisado las descargas?

—Sí, está todo aquí: los bocetos, los diagramas, una explicación detallada de cómo cambiará nuestras vidas el Planeta Azul.

—Tenemos que presentarlo desde una óptica positiva.

—Pero es positivo, ¿no? ¿Estás diciendo que hay algún problema con la presentación de una oportunidad por la que cualquiera mataría?

—Evita cualquier referencia a la muerte.

—Pero Orbus se está muriendo.

—Orbus no se está muriendo. Orbus está evolucionando de un modo que resulta del todo hostil para la vida humana.

—De acuerdo, entonces es culpa del planeta. Nosotros no hemos hecho nada, ¿verdad? Simplemente lo hemos jodido bien jodido y le hemos dado un buen puntapié al ver que no se levantaba.

—Sé cómo te sientes. No estoy diciendo que tu análisis sea totalmente erróneo, sino que no es ese el modo en que podemos presentar la situación. El Presidente ha enviado un comunicado esta mañana en el que da instrucciones precisas a los Servicios de Mejoras y a

los de Medios para que trabajen conjuntamente en esto. Debemos evitar cualquier pregunta estúpida... cualquier dificultad. Lo último que el Poder Central necesita en este momento es una muestra de inquietud de nuestra parte. Ya habrá bastantes problemas con el Califato y con el Pacto.

—¿Sólo porque no vais a llevar ni a los Creyentes ni al Colectivo?

—¿Y cuándo has visto tú que ellos hicieran algo por nosotros?

—El Poder Central está intentando vivir de forma responsable en un planeta abarrotado y todos esos siguen con los ojos fijos en el cielo esperando ver a Dios, y extrayendo las últimas gotas de petróleo del suelo. Pueden irse al mismísimo Infierno.

Manfred bajó los ojos hacia mi libreta. Frunció ese entrecejo de hombre mayor pensador y sensual tan propio de él.

—Si no fueras tan excéntrica, Billie, encajarías mejor aquí. ¿Por qué escribes en una libreta? Ya nadie escribe ni lee... no hay necesidad. ¿Por qué no puedes utilizar un editor de texto como todo el mundo?

—Libreta. Lápiz. Tienen un anticuado encanto que me gusta.

—Y a mí me gusta el presente tal como es. ¿Sigues viviendo en esa bioburbuja?

—¿Te refieres a la granja? Por supuesto. Si pudiera sacarle partido no estaría trabajando para ti. Pero un mundo que clona su carne en el laboratorio y que manipula sus cosechas bajo tierra cree que la comida natural es sucia y está llena de enfermedades.

—Y lo está.

—Sí. Y los cerdos son aviones. Por eso la granja está arrendada al Museo de Formas de Vida y yo soy tu esclava.

—No hay muchos científicos trabajando en Mejoras... No es lo que se dice un paso adelante en la carrera de nadie.

Tuve la sensación de que algo se cocía: pasaba un aire frío en nuestra conversación, como si un cadáver se deslizara en el lago.

—¿Hay algún problema con mi trabajo?

Manfred se encogió de hombros.

—Como te he dicho, nadie con un carrerón en el departamento de Servicios Científicos necesita un puesto en Mejoras.

—Pues tú trabajas en Mejoras.

Estaba empezando a impacientarse.

—Billie, en dos años estaré al frente de todo esto. Lo tengo todo calculado. Y tengo un Plan de Ascenso. Voy directo a lo más alto. (Ya, allá va el Hombre Ático.) Y tú no llegarás a ninguna parte. Podrías haber logrado un ascenso a Dirección en seis meses, pero sigues ahí abajo, visitando a la gente de casa en casa.

—Así soy yo, una mezcla de Enfermera de Barrio y Vendedora de Seguros.

—¿Qué es una Enfermera de Barrio?

—Da igual. Para mí la historia es una afición. No es ilegal, como tampoco lo es la granja ni

anhelar una vida sencilla. Nada de tenerlo todo calculado ni de Planes de Ascenso, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, de acuerdo.

Levantó las manos. Se volvió para marcharse.

—Ah, deberías mover tu Solo. Los de Aplicación de la Ley acaban de ponerte una multa.

—¡Pero si tengo una autorización!

—Eso arréglalo con ellos.

—Manfred, llevo un año así... Lo arreglo con ellos y vuelven a empezar. No estoy paranoica, pero si hay alguien que me tiene ganas, me gustaría saberlo.

—Nadie te tiene ganas. Pero mueve tu Solo. Hazme caso.

Salió balanceando su hermoso cuerpo y su hermosa cabeza en dirección a cosas más elevadas.

Manfred es uno de esos hombres seguros de sí mismos que se han retocado genéticamente para fijar su edad en los cuarenta y largos. La mayoría de los hombres prefieren retocarse en una edad inferior, y no hay mujeres que retoquen su edad más allá de los treinta. «La Dinastía del ADN», así nos llamaron

cuando la primera generación de humanos logró una recodificación satisfactoria. La edad es un error de información. El cuerpo pierde fluidez. Las estaciones de mando ya no se conectan con las estaciones satélites. La transmisión se interrumpe. El cuerpo está diseñado para repararse y renovarse, y la mayoría de las células tienen tan sólo un tercio de nuestra edad por nacimiento, pero el ADN mitocondrial es tan viejo como nosotros y siempre ha acumulado mutaciones y distorsiones más rápido que el ADN del núcleo. Durante siglos no hemos sido capaces de retocar eso... y ahora lo somos.

Aun así, la ciencia no puede repararlo todo: las mujeres sienten que tienen que parecer jóvenes, los hombres no tanto, y los programas de estilos de vida están llenos del atractivo que despierta el hombre mayor. Todo el mundo quiere uno: las jovencitas y los niños gays adoran a Manfred. Su novio ha diseñado un robot que se parece a él. Ni yo misma sabría distinguirlos.

Bajé al piso inferior, atravesando las espesas filas de Seguridad y de Apoyo, oficialmente conocidas como Servicios de Cumplimiento de la Ley y Servicios de Mejoras, aunque bien es cierto que suena mejor SA que SS. Casi todo el tiempo trabajamos juntos, algo parecido a lo del poli bueno y poli malo. Mi trabajo —esto es, el nuestro— en Mejoras consiste en explicar a la gente que lo que realmente desea es vivir su vida de un modo que es bueno para ella y también para la Comunidad. Cumplimiento de la Ley interviene cuando la cosa no acaba de funcionar.

Conozco a todos los tipos de Cumplimiento de la Ley. Les saludo con la mano y sonrío. Asienten con la cabeza y me dejan pasar.

Fuera, hay una fila de Solos y una fila de Limusinas.

S de Solo: un vehículo solar de un solo asiento destinado al transporte. L de Limusina: un

híbrido multiasiento con combustible a base de hidrógeno. S para las distancias cortas. L para las largas. La identificación a partir de una única letra se enseña en la escuela.

Delante de uno de esos vehículos, y sólo de uno, un PoliLata pulsa números en el Codificador que lleva conectado al brazo. Los PoliLatas están siempre rondando los lugares de alta seguridad y de emergencia: no son más que robots, latas de sopa con el poder de arrestar.

En una de las largas filas de vehículos —y sólo en una, la mía— la potente luz de un láser amarillo cubre el parabrisas. Es mi multa. A menos que pulse el botón amarillo del parquímetro que está al lado, no podré utilizar el coche porque no podré ver por el cristal. Es un sistema inteligente: tenemos que aceptar la culpa antes de volver a utilizar el coche y poder defender nuestra inocencia.

P de Parquímetro. Deslízate hasta el bordillo, baja del vehículo, mira a tu alrededor y el reluciente parquímetro alimentado por energía solar te dice, con su reluciente voz alimentada por energía solar: «¿Qué tal? Puede aparcar aquí durante los próximos treinta minutos. Le facturaré directamente a su cuenta. Bienvenido al barrio».

El parquímetro fotografía tu matrícula, se conecta a tu Cuenta de Aparcamiento, que debes mantener siempre con crédito disponible, y envía un recibo digital a la Pantalla de tu Casa o a la Pantalla del Trabajo, según la que hayas facilitado. Y no tiene más misterio, a menos que tengas prisa, en cuyo caso el parquímetro te cubrirá el parabrisas con su luz láser de modo que te sea imposible largarte sin aceptar la Multa.

Y heme aquí... y me la han colado, a pesar de que tengo una fantástica y visible autorización en el cristal delantero del coche, con la fecha y la hora de mi llegada y el impresionante símbolo del Poder Central.

Me la han colado... otra vez. Si fuera de las que se vuelven paranoicas con facilidad, como es el caso, casi podría empezar a creer que... ¿Crear qué?

Agito los brazos ante el PoliLata y le señalo la autorización. Él se limita a encoger sus hombros de lata. Los de Cumplimiento de la Ley se parten de risa. Y es que es verdad que esta clase de pifias —o de Polipifias— ocurren constantemente, y que es un aburrimiento pero no llega a ser un problema... Lo que pasa es que, para mí, está empezando a convertirse en un problema grave.

Saco mi Omni —el teléfono que lo hace todo— y automática-mente accedo a la Línea de Atención del Departamento de Aparcamiento. Un rostro compasivo aparece en un destello de píxeles rubios en la pantalla del teléfono. «DEBIDO A...». Cierro la tapa del teléfono y la hago callar antes de que pueda seguir hablando.

D de Debido a. Siempre que alguien llama para quejarse, una persona compasiva... Bueno, en realidad se trata de un robot compasivo, porque están programados para ser más compasivos que las personas. En fin, a lo que iba: el compasivo robot de turno dice: «DEBIDO A», y sabes entonces que debido al elevado volumen de llamadas, debido a la gran demanda, debido a la falta de personal, debido a las dificultades

varias, debido al fallo del sistema, debido a las tormentas inesperadas, debido a los hombrecillos verdes que ocupan las oficinas, en fin... DEBIDO A, nadie va a atenderte, al menos en esta vida.

A tomar por culo a tomar por culo a tomar por culo. A de A tomar por culo.

Y en mitad de esta vida hecha de alta tecnología, de alto nivel de estrés y alto nivel de desorden, la G de Granja. Mi granja. Veinte hectáreas de pastos y tierra cultivable, y un arroyo que los cruza por la mitad como un recuerdo. Si os metéis en el agua lo recordáis todo, y lo que no recordáis, lo inventáis.

Mi granja es la última de su fila... como un antiguo ancestro olvidado por todos. Es un mundo biológicamente protegido, secreto y sellado: un mensaje en una botella de otro tiempo.

El terreno está constituido por una profunda capa de arcilla que el ganado perfora allí donde la manada se detiene a comer. Los agujeros se llenan de agua que luego cubre el hielo. Los pájaros rompen el hielo para beber. Los cinturones de bosques que rodean los campos están cubiertos de ramas que a su vez están cubiertas de aves. Al caer la tarde, el cielo que corona el bosque se oscurece con las alas de los pájaros.

Las toscas vallas, el terreno irregular, los matojos de hierba, las diminutas violetas azules que crecen allí donde va el ganado, las amapolas que transforman la tierra recién arada en un mar rojo cuyas aguas surcan las liebres. La distancia que el ojo sigue hasta todo lo que se mueve y bucea, la vida que llena hasta el último borde y el último seto silvestre. Las madrigueras, los túneles, los nidos, los huecos abiertos en el interior de los árboles, los avisperos, los agujeros taladrados por las ratas talperas, las ramas de las nutrias, las piedras de los sapos, los ratones plagando los muros de piedra, los escondrijos de los tejones, las toperas, las madrigueras de los zorros, las de los conejos, los armiños marrones en verano, blancos en invierno, limpios como balas por la orilla. La trucha tímida en los cañaverales. La carpa dormitando en el lecho del río. Las libélulas como Anunciaciones. Un martín pescador sobre sus alas de luz azul. Un pato de cabeza verde y un cisne blanco sumergiéndose bajo la blanca y espumosa cascada de agua verde hasta el fondo del canal donde las ranas esperan pacientes a formar parte de un cuento de hadas.

Aquí no hay varita mágica. Si no muevo el Solo durante los próximos cinco minutos, el amarillo cambiará a naranja, y el naranja a rojo, y no como cambia el sol, para marcar el paso del día, sino para que mi multa se multiplique. Pulsa el botón, Billie. Pulsa el maldito botón. B de Billie, de botón. M de maldita sea.

«¡GRACIAS! —dice el parquímetro—. Ahora puede coger su vehículo.»

No habrá parquímetros en el nuevo Planeta Azul. Sólo eso hace que la visita merezca la pena.

Título original: The Stone Gods
Primera edición: mayo de 2008
© 2007, Jeanette Winterson

© 2008, de la presente edición en castellano para todo el mundo.

Random House Mondadori, S. A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona © 2008, Alejandro Palomas Pubill, por la traducción

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.